

los relámpagos mezclados con algunos rayos, que en aquellos lugares resonaban terriblemente.

Mas hasta aquí sólo el ruido infundía pavor á Pomposita; pero cuando siguió un fuertísimo aguacero y no tenía dónde refugiarse, cayó su ánimo en la más funesta languidez.

Sin embargo, su locura le sugirió recursos para sostenerse en medio de su temor. Creyó que su virtud era bastante para hacer que la tempestad se serenara; y así, abriendo su caja, sacó sus cilicios y una disciplina de pita; se puso aquéllos muy poco apretados, porque no se reventaran las cintas, y se dió unos cuantos disciplinazos suavemente y sobre el saco verde, que no se quitó por la honestidad, tan necesaria en aquel lugar y á tales horas.

Su fervorosa penitencia fué tan eficaz en su concepto, que á poco rato se despejó el cielo de nubes, cesó la tempestad y volvieron á parecer las estrellas y la luna aún más brillantes que al principio de la noche. Entonces, delirando con mayor vehemencia, atribuyó el natural desahogo de las nubes á un milagro patente, hecho por los influjos de su espantosa penitencia, y después que cantó no sé qué cosa en acción de gracias al Criador, se postró sobre la cajita con intención de orar, por si experimentaba algunos éxtasis ó deliquios divinos.

Pero estando en esta postura, cuando hacía su com-

posición de lugar, oyó... *¡válgame Dios y lo que oyó! oyó que la calavera que en la cajita se movía palpablemente, según su frase, no sólo se movía, sino que chillaba de cuando en cuando.*

El cabello se le erizó á nuestra nueva visionaria; la sangre se le heló y circulaba en sus venas con mucha lentitud; sus miembros se laxaron; faltó en sus piernas la firmeza para sostener su máquina desfallecida, y repitiendo la calavera sus vueltas y chillidos, se abatió su espíritu del todo y cayó al suelo privada de sentido.

Así permaneció hasta las cinco de la mañana, hora en que pasó junto á ella un indio carbonero, acompañado de un muchacho y con una mula cargada de carbón, que traían á vender á México. Al ver á la aturdida ermitaña tirada en el suelo, empapada, con su saco verde, el pelo suelto y la disciplina en la mano, se sorprendieron, creyendo que estaba muerta, y ya trataban de pasarse de largo; pero la buena fisonomía de Pomposa obligó al indio viejo á verla de cerca, y entonces, advirtiendo que respiraba, se compadeció de ella, y apretándole el estómago lo mejor que pudo, la hizo volver en sí.

Apenas abrió los ojos Pomposita cuando, creyendo que los dos tiznados carboneros eran algunos ángeles que habían bajado de los cielos á socorrerla, clavó la vista en la tierra, se arrodilló, cruzó las manos sobre el pecho y con una voz muy descaecida les decía:

—Paraninfos sagrados, soberanas inteligencias, que en alas de los mansos cefirillos habéis descendido del Olimpo para restituirme la tranquilidad antigua; yo me postro ante vuestra faz resplandeciente, os doy gracias, y os suplico no me desamparéis en mi corta peregrinación, pues temo que en estos páramos me sorprenda la muerte cuando menos lo piense, como asalta el facineroso ladrón á los descuidados caminantes.

El pobre indio, que no entendió de estos despropósitos sino las últimas palabras de ladrón, muerte y caminantes, creyó que nuestra beata ó había perdido el juicio ó pensaba que él era ladrón que la quería matar, y que por esto se había hincado á suplicarle que la dejase viva; y así para satisfacerla le decía:—*Amo lagron, magre, amo lagron*: que era decirle en un mal castellano y mexicano:—No soy ladrón, madre, no soy ladrón.—Pero como Pomposa no sabía que *amo* en idioma mexicano quiere decir *no*, creyó que el carbonero decía que amaba á los ladrones, y arrebatada de su ardiente caridad, después de haber vuelto en sí de su primer disparatado juicio y conociendo que eran carboneros los que le parecieron ángeles, les decía:—No, hijos, no améis á los ladrones, porque os pervertiréis y seréis unos de ellos, *cum perverso perverteris*.

Los indios, al oír esta jerga, se acabaron de persuadir á que la tal niña estaba loca, y así trataron de llevarla á

su casa, que estaba á la salida de la barranca, lo que no les fué difícil conseguir.

En el jacal ó triste choza del indio estaba su mujer haciendo el desayuno que acostumbran, cuando entró el carbonero, su hijo y la ridícula ermitaña. La india, luego que la vió, quiso correr, pensando que era muerta, fantasma ó cosa mala, como sucedió al centinela de la garita de San Cosme; pero su marido la contuvo, diciéndole en su idioma que no temiera, que aquella pobre muchacha era una loquita que había encontrado en el camino, y que la cuidara, pues no se quedarían sin premio, respecto á que en aquella caja algo tenía; con esto se sosegó la india y la comenzó á agasajar en cuanto pudo.

Lo primero que hizo fué desnudarla de la ropa mojada, vestirla con un *quixquemel* y *huepili* de su uso, que estaban llenos de mugre y hechos pedazos, pero por fin estaban secos. Ya se deja entender qué figura tan extraña haría Pomposa hasta á sus mismos ojos, mas la necesidad á todo nos sujeta.

Luego que estuvo vestida de india y su ropa puesta á asolear, se sentó con los carboneros y su patrona junto al *tlequil*, y recibió de muy buena gana un jarro de atole y dos tortillas que le dieron, lo que depositó en su estómago sin ningún asco. Tal era el hambre que tenía.

Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo traje mucho tiempo; porque cada rato se rasaba no sin motivo y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas, que apenas se medio secó su poca ropa cuando se la puso húmeda y se acostó á dormir en un rincón. Los carboneros se fueron á vender su carbón y la india se puso á tejer un ceñidor.

Mientras esto pasaba en el *jacal*, doña Eufrosina estaba como se puede considerar con la pérdida de su hija. En toda la noche no durmió, y luego que salió el sol tomó la pluma y escribió una porción de rotulones.

Ya los iba á mandar poner en las esquinas, cuando entró el coronel y leyó que decían así, ni más ni menos:

«Quien hubiere hallado una niña bonita como de quince años, que se extravió anoche como á la Oración de su casa, y se fué en camisa y naguas blancas, ocurra á entregarla á mi casa y le daré un buen hallazgo.»

El coronel embarazó que se fijaran unos rotulones tan ridículos, que podían interpretar los maliciosos contra el honor de su sobrina; consoló á su cuñada y le dictó las mejores providencias para buscarla.

Entretanto nuestra visionaria, á causa del aguacero

que había recibido y de la humedad que absorbió su cuerpo con la ropa mojada, se enfermó de fiebre gravemente. Ese día no comió, á la noche se le encendió la calentura en términos que deliraba. Los indios se compadecían de ella; pero en medio de su lástima abrieron la cajita, pensando hallar alguna cosa de provecho, y los infelices se consternaron mucho al ver lo despreciable que encerraba, llenándose de risa al ver que saltó por encima de todos un ratón. Este bicho era el que, por un agujero que tenía la caja vieja, se metió en ella; de ésta se pasó á la calavera donde chillaba y la movía, y así causó tal espanto á Pomposita. Este fué el parto de la calavera, como en otro tiempo el de los montes, un ridículo ratón. Casi todos los espantos tienen iguales principios.

Los indios socorrieron á su peregrina según pudieron esa noche, pues no porque eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

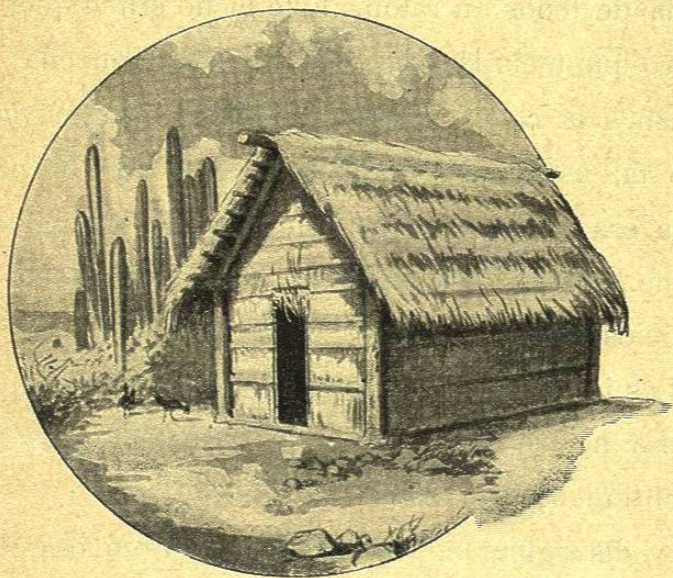
Al día siguiente, por una dicha de Pomposa, llamaron de la casa de doña Eufrosina al piadoso carbonero, y éste, por un efecto de comedimiento, les preguntó qué remedio sería bueno para una niña de razón <sup>1</sup> que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta excitó la curiosidad de

<sup>1</sup> Así distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á éstos gente de razón, como si aquéllos no la tuvieran.

Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entonces hizo poner el coche, se fué con el carbonero con dirección á las lomas de Tacubaya y encontró á su hija, como se dirá en el capítulo que sigue.



### CAPÍTULO XXXI

Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre!

Entre contenta y asustada subió al coche doña Eufrosina con su marido, creyendo hallar á su hija verdaderamente loca, según lo que le había contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de éste, se apearon y entraron á buscarla.